

EL LABERINTO Y EL HILO

Un mercado común del saber

Por Sebastián SALAZAR BONDY

La realización en Tacna y Arica de la Primera Escuela Internacional de Temporada, bajo el auspicio de las Universidades Nacional Mayor de San Marcos y Nacional del Cuzco, la Universidad Católica del Perú y la Universidad de Chile, concluye ahora con un éxito que sobrepasa los cálculos. La inscripción de alumnos de la ávida provincia, el dictado de cursos por maestros de diversas especialidades, el programa cultural desarrollado a uno y otro lados de la frontera, la iniciación, en fin, de la efectiva cooperación intelectual y magisterial de los dos países, abren una perspectiva de promesa que está llena de posibilidades. El proyecto se concibió como "el diálogo culto internacional", pero es más. No se trata de un simple intercambio de maestros y cursos. Es esta manifestación, ante todo, la expresión viva de un anhelo latente en los pueblos del continente: prestarse recíproca ayuda en lo que a la educación superior se refiere, estableciendo una suerte de "mercado común" del saber. La ciencia, el conocimiento, la cultura, no son, no pueden ser, parcelas exclusivas de una nacionalidad. El signo de la época es supranacional, concebido esto como un nivel posterior a las realidades y los símbolos característicos de cada pueblo.

En la Gran Unidad Escolar de Mujeres de Tacna han desfilado, ante un público ansioso de completar su ilustración general y particular, los profesores Schwartzman, Tamayo Vargas, Marta Brunet Castañón, Pereira Salas, Pinilla Sánchez Concha y otros más, peruanos y chilenos, y en el Grupo Escolar de Arica, frente a un semejante auditorio, los mismos maestros han expuesto su pensamiento y sus ideas en varias materias teóricas, y prácticas. Seminarios, muestras bibliográficas, exposiciones plásticas, películas y fotografías han completado esta primera experiencia de colaboración latinoamericana, trazando algo así como el borrador de lo que mañana puede constituirse en la estructura continental de un espíritu nuevo, solidario en sus esencias y unitario en sus consecuencias. Si los problemas son idénticos, cabe preguntarse por qué no intentar la contribución de todos en la tarea común de hacer nuestro mundo la obra propia de quienes, de un extremo a otro del territorio hemisférico, lo habitan, lo aman y lo quieren mejor.

Ciertas actividades profesionales — la medicina, la arquitectura, el derecho, por ejemplo — desde hace tiempo han tendido, a través de organizaciones internacionales, los puentes de la amistad y la unión. Un médico peruano no duda ya que necesita de las investigaciones que en el ramo al cual se aplica llevan a cabo su colega chileno, mexicano o paraguayo, y viceversa. No hay aislamiento que valga si lo que se quiere es conocer y actuar con los mayores y más eficaces conocimientos en bien de la comunidad a la que pertenece. No hay diferencia entre esas disciplinas de carácter práctico y las otras especulativas — filosofía, literatura, etnología, historia, etc. — que de hecho están imbricadas en un todo que se denomina cultura. Es el caso también de las artes. La institución conservadora y mantenedora de ese caudal de sabiduría es la universidad, y la universidad está llamada a proponer los modos cómo el empeño individual y local se ha de hacer internacional, vale decir, humanista en el sentido más generoso del término.

Diálogo, de los maestros entre sí, de éstos con los alumnos y de los alumnos del Perú y Chile consigo mismos, a través de ese organismo supremo que es la universidad. Diálogo, pues, de los pueblos que si se miran, se estrechan, se informan, se comunican, se interpretan, descubren que más son los motivos de amistad que tienen que las diferencias odiosas que los separan. El experimento equivale a la luz trémula de una aurora que apunta, a la cual quisiéramos ver esplender a lo largo y a lo ancho de América Latina como el testimonio de que, al fin, estos pueblos jóvenes han hecho verdad el sueño de sus fundadores.